

El Brindis de la Familia Belmont

Érase una de esas noches como cualquier otra cuando la familia Belmont cenaba en su residencia. Esperaban ansiosamente por su comida, cuyo retraso le había provocado un poco de molestia. Reposaban en una mesa de mármol fino con patas vestidas de ornamentaciones doradas que se alargaba a través de la habitación. Además, la plataforma era coronada con lámparas de cristal y un camino de seda que la recorría de extremo a extremo. El cuarto donde se encontraban—el comedor principal de la propiedad—era estructurado con paredes altas y suntuosas, cubiertas con un bello tapiz de flores que atrapaba la esencia de la habitación. Un hermoso candelabro colgaba sobre el corazón de la mesa, iluminando a los sentados con tonos cálidos y brillantes. *El Danubio Azul* tocaba en el fondo, complementando la escena con sus refinados instrumentales.

Los infantes, quienes estáticamente recostaban su cabeza en la piedra, percutían sus cubiertos de plata con la porcelana de la vajilla, atrapados en un trance de aburrimiento. Los adultos, todos miembros de la familia—afiliados por sangre o por interés—charlaban elocuentemente por encima del vals; de cierta manera, su dialogo era uno rítmico que acompañaba la música debido a la tranquilidad de su enunciación. Tras unos minutos de conversaciones redundantes y performativas, los comensales empezaban a cuestionar la ausencia de su comida. Rápidamente, estas preocupaciones se transformaban en tópico de discusión, y poco después, en quejas y susurros.

—Ofrezco mis genuinas disculpas por la demora de la comida. Es de mi entendimiento que el mozo se ha tardado un poco más de lo usual. Lo lamento—dijo el Señor Belmont con un cierto grado de humillación en su voz.

—Mas no es su culpa—consoló uno de los invitados. —Debe comprender usted que es de suma importancia ser estricto con los empleados domésticos por similares razones—Se llevó una de sus manos a la frente y otra al costado —Si usted solo supiese las experiencias que yo he tenido—

Belmont fruñó la ceja en curiosidad.

—A usted, tal vez, ya le habrá pasado la sospecha por la mente— todavía con la mano en la frente, liberando una leve risa de frustración —De que se lleven comida a su casa, o incluso, la vajilla—

Antes de que cualquier reacción al comentario, el sirviente entró en la habitación apresuradamente cargando con docenas de platos y bebidas. Su cara pintaba unos cachetes enrojecidos, una nariz levemente deformada y unos pómulos prominentes, acompañada con ojos extenuados y un rostro sudoroso. Se acercó a la mesa, sus extremidades tambaleantes e inseguras debido al peso de los trastes, y posicionó los alimentos en la superficie. Utilizando un paño para secarse la frente, se excusó copiosamente por la tardanza.

En respuesta, los comensales lo observaron brevemente, como si con meramente su mirada pudieran indagar juicio, y continuaron hablando. El mozo, quien caminaba de lado a lado como un zumbador inquieto, le preguntaba individualmente a cada integrante de la mesa por sus necesidades. Al llegar a donde los niños, dos gemelos varones, es pedido a que busque por agua. Esto lo llevó a que abandonara la habitación en prisa, sus pasos exhibiendo estrés en su ejecución.

Poco después, los familiares volvieron a discutir.

—Se ve inquieto. Hemos hablado de esto amor; ¿Queremos seguir teniendo a alguien así trabajando aquí? No sé— le suspiró la Sra. Belmont a su marido.

—Coincido. Es lamentable, pero soy creyente de que las personalidades se contagian. Usted puede imaginarse si sus hijos- usted entiende— añadió otro comensal

Belmont se recostó hacia atrás —Va, va, va. Lo entiendo, lo entiendo. Sinceramente, pido disculpas por todo esto. Me encargaré de hablar con él. — Con un grave resoplido, tomó una pausa y añadió: —necesito beber.

Un silencio atropelló la mesa nuevamente. El vino faltaba y el mayordomo no se encontraba a la vista. En la cumbre de la frustración, un llamado a gritos rompió con la serenidad de la atmósfera. En respuesta, el sirviente llegó apresuradamente, apoyándose de la entrada de la pared exhausto. Al ser presentado con la sequía de la mesa, se abofeteó en la frente. Antes de poder emprender en una carrera hacia la cocina, fue detenido por el señor, quién le hizo un gesto para que se acercase. Después de que le susurraran algo al odio, el mayordomo se apartó lentamente y se retiró de la habitación con una cara de espanto y estupefacción. Posterior a esto, Belmont comentó:

—Lo tenía que hacer. Cada vez hay más gente incompetente— dijo con decepción.

A pesar de este evento, unos minutos más tarde, la mesa ya había regresado a la misma índole de conversaciones que previamente platicaban. Cuando después de casi una hora, el mayordomo regresó apenadamente con todas las copas ya servidas, todos cayeron a carcajadas, pues ya habían terminado de comer. No obstante, aceptaron el vino tardío. El Sr. Belmont, le ordenó a que también le trajera dos copas pequeñas a los chicos para que también probasen, pues debían aprender desde temprano. Con su función ya completada, el mozo se retiró de la habitación y dejó que la familia pudiese tomar en paz.

Pues, érase una noche cualquiera cuando la familia Belmont cenaba en su suntuoso comedor, adornado por bellos candelabros y dorados ornamentos, y alzaron sus copas exclamando salud. Pues, érase una noche cualquiera, cuando, minutos después de brindar, todos cayeron como sacos de carne muerta sobre su mesa de mármol, llenos hasta el tope de comida y vino.